



Tu espalda, un estío profundo.

Quiere mi boca despertarte,
conceder un oasis puntual a tu color,
que un corcel señale la curva naranja
de mis manos conociéndote al fin
o te nombrara, mientras bautizan mis manos
la cadencia jubilosa de tu vientre,
y una estrella engalana de tomillo
el arco de mis piernas perfumadas de aire,
muy tiernas, como un agua en la hierba
deteniéndose. Junco tu boca
balbuceando albaricoques en la mía
cuando calla el sol la desnudez
y tu costado pregunta cómo descansar
la inocente estatura del asombro.

Se viste el almendro y tomo el blanco cálido
de sus ramas para sonrojar mi piel
y sonreírte, tu aliento cabalgando otra vez
por el rosal ardiendo de mis hombros
y detengo entonces el tiempo entretenido
en descansarte, descorro por tus ojos
una lluvia infantil. Yo espero que el duende
descalabre la magia y me pretenda
y de su mano obtenga el permiso
para curar con hierbabuena tu piel,
que sólo quede en el cuenco de mis manos
un campo de mies para abrigarte.

Y verte dormido. Dejar que mi lengua
amane la holgura de tu cuerpo y lo bendiga
cuando apenas mis senos de puntillas conquisten
la gótica bahía de tu vientre de trigo,
y mi delgadez queriendo
despuntar el mar para que vengas.

Narcisa ESPINOSA

